

Elizabeth Chatwin y Nicholas Shakespeare (editores), *Under the Sun. The Letters of Bruce Chatwin* (New York: Viking Pinguin, 2011).

DESVISTIENDO A BRUCE CHATWIN

Juan Manuel Vial

Desde que era un muchachito enclenque y pálido que asistía al típico internado inglés de clase media, lugar en donde dio sus primeros pasos como actor, hasta que murió abatido por el sida a la edad de 48 años, aparentando, eso sí, ser víctima de una infección producida por un hongo chino sumamente exótico, Bruce Chatwin escribió miles de cartas, muchas de las cuales, cabe suponer que las mejores, han ido a parar a un volumen llamado *Under the Sun* (Bajo el Sol). Junto con saciar la sed de morbo que cualquier lector puede llegar a sentir ante un libro como este, la compilación presenta una nueva versión, si se quiere más humana, del hombre que fue definido por sus amigos y cercanos como un insólito maestro del disfraz. Según uno de ellos, el notable escritor Gregor von Rezzori, Chatwin “siempre andaba retrocediendo, para esconderse a sí mismo bajo la cultivada personificación de un artículo de diario”. La opinión, exagerada y por ello mismo graciosa, plantea sin embargo una duda bastante seria, duda que este libro ayuda a esclarecer en buena medida: si Chatwin fue el personaje mejor logrado de Bruce Chatwin, ¿quién fue en realidad Bruce Chatwin?

JUAN MANUEL VIAL. Es periodista, crítico literario, traductor y editor. Actualmente trabaja como corresponsal del diario *La Tercera* en Washington DC. manuelvial@terra.cl.

Dejando de lado por un instante algunos aspectos desconocidos y misteriosos de la personalidad del Chatwin hombre —su sexualidad, su esnobismo, su incorregible verborragia, esa marcada vocación por el transformismo, su avaricia—, es fácil acertar que el otro, el escritor, fue a la vez un tipo singular. *Under the Sun* documenta cómo en un período de tiempo bastante corto —su primera novela se publicó en 1977; la última en 1988—, el protagonista llegó a convertirse en uno de los autores más atractivos de fines del siglo pasado. Aquí, en las cartas, quedan expuestos bajo el sol los bosquejos originales, rudimentarios, del pensamiento que Chatwin desarrollaría con tanta originalidad en sus novelas. Considerando que ya han transcurrido 23 años de su muerte, y en vistas de que disponemos de una cuantiosa evidencia sobre la mesa, es el momento oportuno de preguntarnos en qué pie, o en qué estado de salud, ha soportado el paso del tiempo la producción literaria de Chatwin, compuesta, como se sabe, de seis libros en su mayoría breves y de una obra maestra fantasmal.

Así planteada, sin rodeos ni ambages, la interrogante es, a lo menos, peligrosa, ya que le da mecha a una constatación difícil de aceptar para aquellos que, en no pocas ocasiones, hemos sentido que la temprana desaparición de Chatwin, comparable a la de uno de sus más respetados admiradores, W.G. Sebald, fue una calamidad que nos privó de impredecibles placeres librescos, partiendo por esa obra maestra que el autor alcanzó a pergeñar pero no a escribir (de ahí lo de fantasmal). Algunos detractores de Chatwin, como el comediante y escritor australiano Barry Humphries, arguyen que la devoción póstuma por su figura es fruto del esnobismo de una época. En el año 2006, Humphries escribió en *Spectator* un listado de lo que le parecía “sumamente sobrevalorado”: “Starbucks, Bruce Chatwin, ‘Las bañistas’ de Cézanne, la sopa de cebollas francesa, Bob Dylan, la cataratas del Niágara, ‘El ciudadano Kane’, el Caribe, las novelas de Patrick O’Brian, el pilates, la langosta, *El señor de los anillos* y la mayoría de las esculturas”. Gerald Brenan, el hispanófilo que compartió una temporada veraniega con Chatwin en Ronda, se cansó rápidamente de discutir con él. En una carta dirigida a V.S. Pritchett, el gran crítico inglés, Brenan expuso su teoría: “Es un hombre encapsulado, como un insecto en una apretada coraza de quitina; totalmente insensible, necesita hablar todo el rato. No puedo decir que me cae bien —un muchachete egotista—, aunque su energía es impresionante”.

Por la vereda opuesta, el legado de Chatwin ha sido defendido con entusiasmo, y a veces con una buena dosis de tristeza, por figuras literarias mayores. Al poco tiempo de su muerte, Hans Magnus Enzensberger se preguntó en el *Times Literary Supplement* por qué su desaparición resultaba tan dramática: “Bajo la perfección de sus textos yace una presencia inolvidable, algo escasa y solitaria y conmovedora, como en Turgenev. Cuando volvemos a Bruce Chatwin, siempre encontramos que mucho en él quedó sin decir”. Algo similar es lo que hasta hoy en día sostiene Tom Maschler, el mítico editor inglés: “De entre aquellos a los que llamo mi lote —Ian McEwan, Martin Amis, Julian Barnes, Salman Rushdie—, era Bruce el que me generaba una mayor ansiedad por saber hacia dónde iba. Pienso que de haber vivido, él habría superado a los demás”. En un libro titulado *Anecdoteage*, Gregor von Rezzori ofrece otro ángulo de la identidad de Chatwin: “Nos producía gran placer intercambiar curiosidades inútiles. Él caía en virtuales espasmos cuando yo le contaba que lo único que recordaba de mis estudios de geología minera eran los nombres de los cinco lugares en donde se encontraba oro en la ex Monarquía Dual: Schemnitz Chemnitz Nagybanya Ofenbaya Vöröspatak (minas en la región del Danubio). Trató denodadamente de aprender esos nombres, pese al desafío, casi infranqueable, que implicaban para su habla anglosajona. Y ello sólo duplicaba el gozo que sentía”.

El fin del viaje según lo conocíamos

Poca gente lee hoy libros como *En la Patagonia*, *Colina negra*, *El virrey de Ouidah* o *Los trazos de la canción*, cuatro de las más conocidas novelas de Chatwin. Y si bien cualquier sujeto medianamente informado sabe quién fue el autor, e incluso es capaz de citar algunos datos biográficos (que tenía un ojo infalible para apreciar antigüedades y objetos de arte, que no paraba de viajar, que se casó con una mujer fea pese a ser homosexual), su ideario, aquel credo sugerente que fue tan celebrado en su momento por su originalidad, fresca y refinamiento, ha sido paulatinamente asimilado por el vulgo y, sin mayor resalto, se ha vulgarizado hasta lo indecible. En una época en que el turismo de masas e internet han hecho que el mundo efectivamente se asemeje a un pañuelo —Chatwin fue uno de los últimos escritores de peso que jamás utilizó un computador; las cartas, en consecuencia, vienen a ser uno de los últimos monumentos a un género, el epistolar, que fue sepultado

por el e-mail—, en un mundo estrecho, digo, la figura de un caminante inquieto, atiborrado de opiniones cultas, sagaces, provocadoras, fantasiosas y estetizantes, obsesionado con producir una teoría que probara científicamente las virtudes del nomadismo, resulta poco llamativa para los estándares actuales de entretenimiento, que, dicho sea de paso, tienden a fomentar cada día más el sedentarismo.

Si de viajar sin movernos del escritorio a lugares remotos, excepcionales, salvajes y poco accesibles se trata, si de dejarnos convencer, a fin de cuentas, por las versiones del viaje que hoy en día nos ofrece, por ejemplo, la televisión, leer a un tipo como Chatwin parece ser ya un ejercicio poco provechoso, puesto que ahí, en la pantalla, tendremos a un babieca que, en más de un aspecto, se ha moldeado a sí mismo en base a una grotesca caricatura de Chatwin (la tiranía del rating siempre puede convertir un mal producto en otro peor: al impostor le han endilgado la forzosa compañía de una chica linda que, lastimosamente, no destaca por su inteligencia). Sea que avance a tranco firme por los callejones pestilentes de Calcuta, sea que se empine hasta los monasterios de Lhasa, sea que recorra en un falucho el Nilo Blanco, o sea que se dé un tiempito en cámara para tomar notas en un diario falso luego de pasear por el mercado de viandas del Cuzco, nuestra aguerrida pareja producirá siempre un relato predecible: él se encargará de aportar todo tipo de nimiedades pseudo históricas y no se cansará de advertirnos, oh sí, de lo peligroso que es el lugar en el que se halla (nosotros notaremos de inmediato lo intrépido que él viene a ser por ello mismo). La lindura, por su parte, deslizará una que otra opinión acerca de la vestimenta de los lugareños, al tiempo que se quejará de la insoportable cantidad de bichos y del mal olor circundantes, intervenciones que otorgarán a la emisión el imprescindible toque de “color local”.

De haber sido por siglos uno de los más llamativos géneros literarios, el viaje, el relato del viaje está hoy en día reducido a su mínima expresión, esto es, a su expresión periodística y masiva. Con la desaparición de Chatwin se extingue una concepción, una línea, o si se prefiere un portal —para ocupar una palabra travestida por la neonomencatura de internet—, que, al menos en la tradición inglesa, contó con tipos de la talla de Richard Burton en el siglo XIX, y con Robert Byron, uno de los ídolos de Chatwin, a principios del siglo pasado. Bruce Chatwin, a quien alguien apodó “el compás sin aguja”, odiaba, con sobrada razón, ser considerado por el público o por la crítica un escritor de viajes, y de-

testaba aún más recibir propuestas de trabajo que le significaran visitar lugares exóticos con el fin de producir piezas periodísticas. A través de sus incesantes desplazamientos, Chatwin aliviaba una compulsión física y mental que le generaba alteraciones fisiológicas; a través del viaje temperaba, por así llamarlo, un desorden anatómico, que a nivel interno se manifestaba en un indescriptible vértigo en las tripas y, a nivel epidérmico, en una continua picazón en las plantas de los pies. Según su amigo John Kasmin, “el mayor problema de Bruce era dónde estar. Él nunca supo dónde estar. Siempre tenía que ser en otro lugar”.

Está claro que nuestro hombre no le guardaba demasiado afecto a su patria. Así lo expresa con elocuencia en un par de cartas: “Pienso que una combinación de hechos como Las Malvinas (persisto en llamarlas así) y la irritante reseña de Paul Bailey, me hacen sentir tan irreversiblemente anti inglés, que lo mejor es que comience a hacer algo al respecto”. La recensión aludida, publicada en el *Evening Standard* de Londres, dejaba por los suelos la magnífica novela *Colina Negra* (1982), que, a diferencia de los otros libros de Chatwin, centra el relato en dos seres absolutamente confinados en un mismo paisaje, un par de mellizos galeses ya ancianos, Lewis y Benjamin, quienes jamás se alejaron de la casa en que nacieron, ni tampoco concibieron la idea de llevar vidas separadas (a consecuencia de ello desarrollan una perturbadora relación incestuosa). En una misiva posterior: “He decidido dejar Inglaterra. Tal cual lo dijera Richard Burton: ‘El único país en que no me siento en casa’”.

El hecho de que en los últimos 22 años no ha aparecido un escritor que evoque en los lectores las cualidades que Chatwin desarrolló como observador y narrador, independientemente de que sus libros se lean o no por estos días, ayuda a despejar la inquietud referida a la trascendencia de su obra. Es posible también que las nuevas tecnologías aniquilasen para siempre esa forma de viajar exquisitamente arraigada en ciertas convenciones decimonónicas, pero aún es demasiado pronto para asegurarlo. En cualquier caso, a mí me sigue pareciendo que la observación que no tan sólo ilumina, sino que también compromete e inquieta al lector, que una levedad falsa expresada por medio de uno de los actos más ambiciosos de la prestidigitación literaria, la simpleza, y que el vértigo transmisible que provoca un hallazgo trascendente constituyen, claro que sí, la enjundia, el caldo y el tuétano de la mejor literatura.

Entre la infinidad de cartas que incluye *Under the Sun*, escondidos bajo la apariencia de inofensivas notas al pie de página, es posible

rescatar dos episodios que provienen de los cuadernos o libretas de viaje del autor, que es de donde también procedían los sucesos mínimos que él más tarde haría grandiosos en sus novelas. Permítaseme aquí una ligera digresión: el acceso a sus propios cuadernos que Chatwin le concede al lector en la parte final de *Los trazos de la canción* (1987), ilustra este punto con elocuencia: luego de leer las entradas dispersas, sin orden aparente, muchas de ellas breves o brevísimas, es difícil concluir con seguridad qué es mejor, si la novela en sí misma, o las notas obtenidas de aquellas fabulosas libretas alimentadas por décadas de vagabundeo; éstas imponen una dimensión absolutamente insospechada sobre la totalidad del libro. Volviendo a lo que iba: los fragmentos de los cuadernos que se cuelan entre las cartas ayudan a dilucidar perfectamente a qué me refiero con lo de observación, levedad y hallazgo.

Hallándose en Nigeria a principios de 1971, Chatwin le comunicó a Derek Hill por carta: “Ni un signo de arquitectura exceptuando la famosa mezquita de Agades, que es poco más que una torta de barro. Todo aquí está hecho de barro o de fibras de palma. Aun así, el gusto colonial-francés/república-africana-recién-independizada es una fuente inextinguible de fascinación. Le Style neo-sodomita/anarco-egipcio/anamita-pagoda/morisco Cap Ferrat/cabaña funcional de barro moderno. Bastante homogéneo... Pienso que no debo seguir viajando. Acabo de terminar una agotadora sesión con unos negros musulmanes racistas y borrachos y he quedado de un ánimo altamente nacionalista”. En uno de los cuadernos de aquel viaje se lee:

Barmou, Nigeria. Un niño hausa, después de enumerar las atracciones de su pueblo:

—¿Ha visto al “grand omosexual”?

—No.

—¿Quiere verlo?

—Definitivamente, ¡no!

El tipo termina siendo un francés fortachón de mostacho, oriundo de Lyon, ex Legión Extranjera, descubridor de pozos cartesianos, constructor de puestos policiales y colegios de pueblo, que viaja por los alrededores en un Land Rover con ocho jóvenes negros y larguiruchos que tienen entre dieciséis y veinte.

Todo ellos se turnan para dormir con él.

—Y para cuando necesito un blanco, dice, siempre están los Cuerpos de Paz.

A su esposa, Elizabeth Chatwin, desde Abomey, Benin, diciembre de 1976: “Hemos estado recorriendo con Kasmin el norte del país, haciendo un tour preliminar. Sí, tuvimos una audiencia con el rey, que había nacido el año en que Burton anduvo por aquí, 1863. La historia es maravillosa, se está recién formando en mi mente, pero aún no le he hincado el diente. Pienso que debiera escribirse en el estilo de *Salam-bó*”. Del cuaderno de notas correspondiente:

El rey se sentó sobre el plástico verde de la posadera del trono. Era un rey muy viejo. Un hombre llamado Burton había venido a ver a su padre el año que él nació. Eso lo convertía en una persona de 112 años. Tenía gafas gruesas y una gran mandíbula cuadrada. Una de las reinas situó una sombrilla amarilla sobre su cabeza. Él lo sabía todo acerca de Dom Francisco [el traficante de esclavos portugués que protagoniza *El virrey de Ouidah*, la segunda novela de Chatwin]. “El mejor amigo de mi abuelo”, dijo. “Mi padre lo llamaba Adjunakou, El Elefante. Era un hombre enorme, más grande que tú y yo juntos. Mi abuelo lo sacó de la cárcel. Lo subió por una escalera y luego lo cargó sobre el muro. Mi abuelo era incluso más grande que Dom Francisco”.

La reina estaba aburrida. Se sentó y se puso a remendar la sombrilla, que tenía un tirante roto. Mantenía derecho el mango con el dedo gordo del pie. Un hombre entró y besó el suelo de concreto. El rey seguía con la historia. Al final extendió las manos y le pagamos mil francos. Contó otra historia y le pagamos un poco menos.

Podría haber continuado así a lo largo de todo el día. Le gustaba relatar historias. Le gustaba que le pagaran por contarlas. No había mucho más que un rey pudiese hacer.

La recolección

Editadas por Elizabeth Chatwin junto a Nicholas Shakespeare, amigo y autor de una biografía definitiva que se publicó diez años después de la muerte del escritor, las cartas de *Under the Sun* nos revelan a un ser que hasta ahora desconocíamos (avaro, hipocondríaco, inseguro, rijoso, patudo), al tiempo que refuerzan nuestra convicción en ciertas cualidades con las que ya estábamos familiarizados, como la intrepidez y lo vagaroso del personaje. Ahora bien, dejando de lado los nuevos

puntos de observación que fija, lo verdaderamente excitante de este volumen es que induce a desvestir, túnica tras túnica tras túnica, a quien W.G. Sebald, otro de los grandes caminantes de la literatura reciente, consideraba un sofisticado maestro del disfraz: “El arte de la transformación se le da con suma naturalidad, el sentido de estar siempre sobre el escenario, un instinto por el gesto que provocará un efecto en el auditorio, por lo extraño y lo escandaloso, lo terrible y lo maravilloso, todos estos eran indudablemente prerequisites de la habilidad de Chatwin para escribir”.

Respecto a qué clase de hombre encontrará el lector en este libro, Shakespeare advierte en el prólogo que “el Bruce Chatwin que aparece en *Los trazos de la canción*, *En la Patagonia* y en *¿Qué estoy haciendo aquí?* [una colección de breves ensayos] es su mejor y más logrado personaje: observador, inteligente, con el ingenio afilado, heterosexual, generoso, intrépido. El Bruce Chatwin de las cartas está menos seguro de quién es, más vulnerable pero a la vez más humano. Delicado tratándose de su salud y de sus platas; desasosegado en cuanto a su sexualidad y a su relación con Inglaterra; y, sobre todo, inquieto hasta el punto de la neurosis”.

Acerca de la recolección del material, Shakespeare explica que el proceso de dar caza a la correspondencia de Chatwin comenzó en 1991, cuando recibió la petición de escribir una biografía autorizada (por parte de Elizabeth; el escritor murió en enero de 1989). En ello gastó siete años y utilizó “libremente” las cartas que obtuvo al entrevistarse con diferentes personas en 27 países. Casi todos —hubo una excepción; no sabemos quién es, pues Shakespeare no lo suelta— le permitieron hacer transcripciones completas. “Con algunos de sus correspondientes hablé durante períodos largos; a otros nunca los vi. Un aviso puesto en el *Times Literary Supplement* tras la publicación de la biografía en 1999, suscitó 5 respuestas, más las copias de las cartas de Chatwin a cuatro personas. Este libro representa alrededor del 90 por ciento del total recolectado por cerca de dos décadas. Nuestra esperanza es que ayude a descubrir más material. Pocos días después de que el texto final fuese enviado a la editorial, un atado de cuatro cartas y una postal escritas a Susan Sontag aparecieron en un archivo de Los Angeles; fuimos capaces de incluirlas”.

Dispuestas en forma cronológica, las cartas que Chatwin escribió entre mayo de 1948 y diciembre de 1988 son lo más cercano, sugie-

re Shakespeare, a oír la voz del autor, a participar en su conversación. La afirmación es entusiasta, cierto, si es que no derechamente exagerada: forzando el oído, algunas misivas pueden sonar como un monólogo, pero en general no evocan en modo alguno aquello que uno entendería por “correspondencia hablada”, ni tampoco se ajustan a la definición común de testimonios confesionales. Mucho menos sirven estas cartas para demostrar la incontenible verborrea que, de cuando en cuando, rebalsaba la charla de nuestro escritor. (Werner Herzog, el director de cine alemán, lo conoció en Australia el año 1983. De ese primer encuentro, Herzog recuerda que Chatwin habló casi sin parar por 48 horas seguidas: “Era un delirio, un torrente de relatar historias; siguió y siguió, con una breve interrupción sólo para dormir un rato”). Chatwin es un corresponsal serio, correcto, cariñoso, que siempre se expresa dentro de los límites de lo que considera la buena escritura, rehuendo cualquier clase de coloquialismo o arrebató. Elizabeth arguye que las cartas vendrían a ser los únicos escritos que su marido jamás revisó ni corrigió. Así, cada una de ellas, por breve que sea, emplaza a intentar una rasgadura más sobre el pesado manto de disfraces con que Chatwin se cubrió la vida entera.

La cuchara era mía

Si le creemos a Salman Rushdie, no había en este mundo nadie más gracioso que su querido Bruce: “Era tan colosalmente chistoso, que uno quedaba tendido y adolorido en el suelo”. Sin embargo, Chatwin no da muestras de ser un tipo especialmente cómico por carta. Aunque, bueno, ahora son las epístolas dirigidas a Elizabeth a lo largo de veintitantos años de matrimonio las que, involuntariamente, estimulan momentos de hilaridad, ya que la viuda, dueña de la última palabra, ha decidido vengarse en este libro a través de escuetos y mordaces comentarios al pie de la página, fuese por no aparecer como un pelele ante el lector, o fuese, aunque esto suene bastante menos plausible, para mantener un diálogo de ultratumba con el ser amado. Las exageraciones, mentiras, abusos o impertinencias de Bruce hacia Elizabeth permiten, al mismo tiempo, bosquejar cierto paralelismo con la figura del explorador Richard Burton, quien, al igual que Chatwin, se casó con una católica (en defensa de Elizabeth hay que aclarar que jamás padeció tan estúpidamente la beatería como Isabel Arundell, la mujer de Burton,

quien incineró los invaluable papeles de su marido una vez que éste murió). Al momento de indicarle a Isabel que ya era hora de marcharse a otro lugar, Burton, vagaroso también, siempre acudía a una suerte de máxima que no le fue ajena a Chatwin: “Pay, pack and follow” (paga, empaca y sígueme).

En julio de 1965, Chatwin le escribió a su amigo Ivry Freyberg dándole detalles de su matrimonio: “Nos vamos a casar en una capilla de la propiedad familiar de Elizabeth, ubicada en la parte más alejada del estado de Nueva York, cerca de la frontera canadiense. Daremos una fiesta cuando regresemos en el otoño [a Londres]. Necesito tu consejo. ¿Dónde hay un buen salón para que bailen 350 personas?”. Elizabeth al pie de la página: “Nunca dimos esa fiesta”. En 1967, hallándose en Viena, el autor le comunicó a su mujer lo siguiente: “Si te interesa ir a Turquía no te recomendaría el tren, sino un pasaje aéreo de ida a Estambul. Si quieres ver Estambul conmigo debes avisarme a través de Andrew porque antes iremos a Anatolia”. Elizabeth: “No conocí Estambul hasta 1970”. En 1968 él le contaba: “Fui a Londres el otro día y vi al Caballero en una fiesta, su señora estaba en Portugal y él se iba para allá al día siguiente”, a lo que Elizabeth replica, ahora en pie de guerra: “Él insistía en no presentarme a sus cercanos; los mantenía en compartimientos separados”. A Cary Welch le confía haber comprado el más grande coco-de-mer que jamás vio (el coco-de-mer es una planta exótica cuya forma evoca los órganos sexuales, femeninos y masculinos). “Hermoso y obsceno. Lo llevamos a la cama”. Elizabeth, esta vez severa: “Patrañas”.

En enero de 1970 Chatwin propone otro encuentro en el extranjero: “No hagas ningún esfuerzo en ir a Bombay para encontrarte con ella o conmigo [una amiga en común]. Cuando yo llegue te hallaré donde sea que estés”. Elizabeth: “Fui dos veces a Bombay para encontrarme con Bruce porque dijo que llegaba. Manejé cientos de millas y él nunca se apareció, jamás”. A Valerian Freyberg: “En el paquete va una cuchara de sorbete del siglo XVIII que deberá ser usada por mi ahijado para comerse su primer helado”. Elizabeth: “La cuchara era mía”.

En carta dirigida a James Ivory, uno de sus amantes, Chatwin se queja de ciertos aspectos de la domesticidad matrimonial: “Acabamos de terminar un almuerzo que dimos para 13 personas, incluidos mis padres, algunos primos de Elizabeth y los primos de éstos —ciertos locales innombrables. Es por ello que estoy un poco exhausto”. Eli-

zabeth: “Era un maravilloso invitado, pero un terrible anfitrión. Se le olvidaba ofrecer pan, hacía que la gente que le interesaba se sentara a su alrededor y nunca se preocupaba del resto, jamás ayudaba y de pronto desaparecía; y cuando alguien preguntaba ¿dónde está Bruce?, él hacía rato que se había marchado a escribir”. Desde Punta Arenas, luego de su famoso viaje por la Patagonia, Chatwin le escribe a su mujer en marzo de 1975: “Estoy realmente ansioso por Perú y por nuestro circuito alrededor de las ruinas. ¿Qué tal si aprendes un poco de quechua para ser realmente útil? ¿O al menos algo de castellano?”, a lo que, ofendida y aportilladora, Elizabeth replica: “En Perú pude darme cuenta de que Bruce hablaba un castellano argentinizado, lleno de expresiones que los peruanos no entendían”. Un año más tarde, al relatar una excursión por el museo del Prado, Chatwin le comunica a un amigo su devoción por la pintura del tenebrista español Jusepe de Ribera: “La mañana siguiente la dediqué a la sala de los Riberas negros en el Prado, la menos visitada del museo”. Elizabeth: “Bruce había decidido que Ribera era el mejor pintor del mundo, la usual histeria”.

Bruce: “Después de todo, uno no puede pretender encontrar el lugar ideal para vivir en una sola tarde”. Elizabeth: “Irritaba a las personas en ciertos lugares y luego tenía que largarse de sus casas. Cualquier parte era un paraíso absoluto, etc., alrededor de un mes, y de ahí las cosas empezaban a ser algo diferentes a lo que él deseaba que fueran. Luego de años de aguantarle esta misma clase de leseras, descubrí que la manera idónea para hacer que Bruce no se comprara una casa era que yo estuviese de acuerdo”. Bruce: “Elizabeth anduvo por India un par de meses este invierno, mientras yo estaba en la cumbre de mi montaña. Ella incluso tomó té con tu padre [el corresponsal es el periodista indio Sunil Sethi]. Me temo que nuestras relaciones han ido de mal en peor. El problema de vivir vidas separadas, como lo hemos hecho ya por tanto tiempo, es que acabas manteniendo concepciones de vida totalmente opuestas, al punto de que cuando tratas de hacer arreglos en conjunto, éstos terminan en desastre. El fin de semana pasado lo intenté y me puse mi mejor traje de tweed para los Badminton Horse Trials: el resultado fue horrible. Desde ahí hemos tenido un intercambio de cartas que sugieren separación/divorcio”. Elizabeth: “Yo estaba furiosa con él, hasta la tusa, exasperada con que siempre me diera por sentada. Llegó con David Nash, pero jamás me comunicó: a) que venía; b) que venía con David; c) para no mencionar la falta de interés por cualquier plan

que yo hubiese tenido. Le escribí de vuelta diciéndole: ‘Mejor no regreses hasta que te lo haga saber. No te quiero cerca, por favor’”.

Cuando Chatwin se queja ante un corresponsal de haber perdido un montón de cartas sin abrir, Elizabeth se ve en la obligación de aclarar que “las cartas probablemente se le volaron del auto o se le cayeron detrás del asiento. Él era particularmente desordenado al cargar cosas. Deberían haber visto sus maletas. No tenía ningún sistema. Todo se amontonaba revuelto”. Bruce (desde Micenas, Grecia): “Me estoy yendo de aquí el fin de semana a la casa de unos amigos en Spetsai. De ahí a la aventura de quedarme con el abate del monasterio de Chilandri, en el Monte Athos, por dos semanas. Derek Hill me lleva, como lo ha hecho cada año por los últimos 15. Athos es obviamente otra maravilla atávica. Luego Elizabeth y yo trataremos de manejar a Finlandia, vía Hungría, Polonia, etc.”. Elizabeth: “Nunca lo hicimos”. Bruce: “Tremendo drama en el aeropuerto porque E. perdió su pasaporte y no pudo volar con el tour”. Elizabeth: “El pasaporte se había caído bajo el asiento de su Citroneta, pero él nunca buscó con detención. Tuve que tomar un vuelo posterior”.

En febrero de 1986, desde Jodhpur, India, luego de unas vacaciones de reconciliación matrimonial en Katmandú: “Pasé unos días de excursión por las montañas y regresé sintiéndome maravillosamente, sólo para encontrar un mensaje en el aeropuerto que Elizabeth tenía bronquitis, lo cual es muy inusual en ella. En un par de días sufrí un colapso pulmonar en la misma escala que la función de Navidad del año pasado”. Elizabeth: “Mientras más cuenta este episodio, peor lo hace. Todo se trataba de MÍ, no de él. Tuvimos que irnos porque yo estaba enferma. Fui a la Clínica Americana y el doctor me dijo: ‘He visto a cinco pacientes como usted esta mañana. Esta es la capital de las enfermedades respiratorias’. Bruce nunca fue a ningún doctor. Él estaba bien”.

A Gertrude Chanler, su suegra, bastante afectado ya por el sida, mayo de 1988: “Pero tú sabes lo frugal que es Elizabeth. Dice que esto se debe a su sangre Iselin [Elizabeth: “Es cierto. Los Iselin eran unos testarudos banqueros suizos con una ética del trabajo puritana”]. Es retentiva con sus posesiones, mientras que yo siempre he pensado que dando o dispersando siempre se atrae más. Es realmente difícil lograr que gaste dinero en sí misma. Cualquier frivolidad se convierte en una extravagancia”. Elizabeth: “Él siempre decía que yo no gastaba lo suficiente. Él estaba acostumbrado a vivir de su talento y a no tener dinero.

Yo no podía vivir de mi talento y no tenía demasiada plata”. John Chandler, el hermano de Elizabeth, a quien cariñosamente llama Lib, también terció en este asunto a través de una misiva dirigida a su madre: “Ma, he leído cuidadosamente la carta de Bruce dos veces... obviamente mucho en ella es pura fantasía. Su matrimonio con Lib es una fantasía. No se comunican ni siquiera en un nivel básico. Deben discutir su situación financiera entre ellos, y Bruce no debiera preocuparte a ti con la situación financiera de Lib. Si él efectivamente ganó esa cifra en 1987, es entonces un hombre rico y puede permitirse mantener a Lib en vez de hacerla sentir culpable por gastar dinero. Ella es tan cuidadosa con su plata porque nunca ha podido estar segura de que va a recibir algo de él. Si tuvieran un matrimonio de verdad no es su dinero, o el de ella, sino nuestro dinero. Pertenece a ambos”.

Tendencias homos

El 20 de diciembre de 1966 Stuart Piggott convidó a Bruce y a Elizabeth, recién casados, a cenar a su casa. Piggott era el respetado profesor que le había otorgado prestigio internacional a la facultad de arqueología de Edimburgo (fue después de una charla con Piggott, ocurrida pocos meses antes de esta visita, que Chatwin decidió abandonar su ascendente carrera en Sotheby's para inscribirse como alumno de arqueología en Edimburgo. Sotheby's, la casa de remates inglesa, además de haberle permitido desarrollar aquel mítico buen ojo para catar antigüedades y objetos de arte, le había reportado al futuro autor la amistad de ricos coleccionistas y de sofisticados marchantes). Concluida la cena, Piggott anotó en su diario: “Me aburrí que permanecieran hasta la una y media de la mañana, Dios mío. Supongo que él lo habrá pasado bien, pero caramba, ¿cuándo aprenderá la gente joven que tres horas es el tiempo exacto para quedarse si uno es invitado a cenar?”. El 6 de febrero de 1967 Chatwin se dejó caer de nuevo por el hogar de Piggott, “revelando de manera bastante obvia que Elizabeth había regresado a la casa de Gloucestershire, lo cual lo tenía evidentemente contento. También demostró ser bastante gay”. Piggott, que en ese entonces todavía no se convertía en mentor del joven, especuló si es que acaso Chatwin tenía “tendencias homos”, tras lo cual concluyó: “¡Cero posibilidad conmigo!”.

Desde mucho antes de que muriese de sida, la sexualidad de Chatwin fue tema de especulación en círculos sociales y literarios no inmediatamente allegados a él. Para el resto, para los cercanos, incluida Elizabeth, cómo no, el asunto no representaba misterio alguno. En un elocuente episodio incluido en la biografía de Shakespeare, Chatwin admite que cierta escena ocurrida en tierras patagónicas había tenido, si era franco, un desenlace muy distinto al relatado en el libro. En su correspondencia con John Michell, Chatwin se refiere al mismo hecho pocos días después de que *En la Patagonia*, su primera novela, fuese publicada en 1977: “Querido John, muchas gracias por tu tarjeta. ¡El pianista! ¡Ah! ¡El pianista! E. Hemingway, que sabía una o dos cosas aunque hoy en día está de moda desacreditarlo, decía que si uno elimina algo de una narración siempre se nota. Lo que eliminé de esa historia fue su cabeza cayendo hacia atrás al final de la mazurca, de manera automática, sin aviso, y yo levantándolo en brazos del sillín del piano y llevándolo a la habitación. Pero eso es un secreto y debe permanecer acallado”.

En *Under the Sun* las alusiones homosexuales, que jamás llegan a ser escandalosas o pornográficas o explícitas, se dan mayoritariamente en la correspondencia con James Ivory, un director de cine estadounidense con el que Chatwin se involucró a principios de los años setenta. Ivory recuerda que en 1971 viajaron por los Alpes franceses y que la experiencia resultó placentera: “Pasamos un tiempo exquisito juntos, manejando por aquí y por allá, visitando a algunos amigos de Bruce (gente como Stephen Spender). Fuimos a una suerte de cuartel gay constituido por algunos ingleses ricos, quienes habían comprado un pueblo entero en la cumbre de una montaña, incluida la desacralizada iglesia. Me llevó por primera vez a Ménerbes (con la esperanza de ver Dora Maar escalando la montaña) y fuimos a St. Tropez. Dormíamos sobre colchones en el suelo de la pequeña casa, más bien desolada, que él había arrendado; el lugar era para asarse de calor. Todo andaba bien, pero la amenaza de que Elizabeth, que en esos momentos se encontraba manejando por Francia, se le uniera, como había dicho que haría, y tal vez nos sorprendiera una mañana cualquiera, lo ponía nervioso. Eventualmente, sin tener muchas ganas, tuve que partir para unirme a algunos amigos americanos que estaban en Marruecos”.

El verano siguiente Chatwin lo gastó en una cabaña de madera que Ivory le había prestado en Oregón. Por esa época, el futuro autor

andaba obseso escribiendo y rescribiendo un ambicioso estudio acerca de los nómades, el que nunca llegó a publicarse. El lugar era idílico para distraerse luego de las jornadas de escritura: bosques de pinos, senderos interminables y un lago templado. Cierta día, el cuidador de la propiedad, Charlie Van, atisbó a Chatwin caminando desnudo por una loma. La visión le valió un reporte a Ivory: “Vi a ese hombre avanzando a la distancia, a un costado del bosque. El muy hijo de puta iba completamente desnudo, a excepción de sus enormes botas, como si estuviera en una colonia nudista y el lugar le perteneciese. Le grité ¡hey, tú! Y se volteó... Y no va a creer esto, pero se había atado algunas flores alrededor de la pirula”.

Después de pasar un tiempo juntos en Francia y Oregón, Chatwin dejó de frecuentar a Ivory. De aquel entonces, principios de 1977, el cineasta recuerda: “Fui a visitarlo una vez a Holwell Farm [propiedad del matrimonio Chatwin]. Y allí, paseando con él por el largo salón de suelo pulido ubicado en el segundo piso, me aseguró en privado que había dejado la homosexualidad, que ya no experimentaba esa clase de sentimientos”. En junio del mismo año, en una boda, Chatwin conoció a Donald Richards, un corredor de bolsa australiano de 27 años que había llegado a la fiesta junto al artista Keith Milow. “Yo los presenté, al Donald de ojos marrones con el Bruce de ojos azules, y sus miradas se encontraron”, sostuvo Milow. Chatwin, por su parte, dijo: “Algo hizo clic y yo no estaba preparado para ello”. Hasta ese momento el escritor sólo había tenido aventuras con hombres, pero “esta fue la primera vez que comprometió su vida a la de un varón. Bruce estaba absolutamente enamorado de él”, observó Teddy Millington-Drake, un viejo amigo. La correspondencia que generó la relación, que duró cinco años, no sobrevivió hasta nuestros días, informa Shakespeare, exceptuando una postal de Richards fechada dos meses después de conocerse: “Me muero por verte, para así poder relajarme y contártelo *todo*. Descansa tranquilo sabiendo que tengo añoranzas de *eso*. Mientras tanto, cuídate y mantente escribiendo, con amor XXXX D.”.

En octubre del mismo año, Chatwin le arrendó a Millington-Drake una habitación anexa a la casa que éste ocupaba en Poggio al Pozzo, en la Toscana, con la intención de establecerse por un tiempo y comenzar la escritura de *El virrey de Ouidah*. El recuerdo que Millington-Drake conserva de la experiencia ilustra varios flancos de la personalidad de Chatwin: “Al llegar hacía su nido en cualquier par-

te de la casa que se le hubiese asignado. Entonces, cuando le daba la gana, se mudaba a otro nido en casa de otra persona. Esperaba que lo alimentaran: ‘¿Qué hay de almuerzo?’, gritaba al momento en que se colaba como una brisa a eso de las doce y media. Ocasionalmente contribuía con un par de botellas de champagne o, como gran gracia, con un poco de arroz silvestre. Luego estaba la cuenta de teléfono. Llamaba continuamente a su agente, a sus amigos, a un joven del que se había enamorado en Brasil. Al final de su visita ofrecía 10 mil libras (alrededor de cuatro libras), subrayando que no había hablado demasiado por teléfono. Pero a sus amigos no les importaba, pues le teníamos tanto cariño, aunque era egoísta y egocéntrico, como casi todos los artistas lo son”.

En carta dirigida a Nigel Acheson, agosto de 1978: “No estoy completamente seguro de alimentar a Joao con Magia Negra, a no ser que vaya al gimnasio como prometió [Joao era el barman del Othon Palace Hotel de Copacabana]. Para mi eterno arrepentimiento, ha transcurrido ya un silencio de seis meses. Mis respuestas en portugués eran bastante inadecuadas, tanto en contenido literario como emocional, algo así como: *‘Tenho pensado muito em voce de dia e de noite a toda hora nao me esquece I do love my beautiful, tenho votade de te abracar te beijar sentir o seu corpe que tanto bem me faz. Quando esta frio eu pensó em sair de casa a sua procure para me esquentar aquecer meu corpo como seu calor, mas logo me lembre que e impossivel te encontrar pois voce esta tao longe de mim’*¹. Como ves, en cuanto a ritmo y expresiones poéticas la carta podría casi provenir de *El cantar de los cantares*. ¡Ay, la imposibilidad geográfica de la pasión!”.

A principios de 1980 el matrimonio entre Elizabeth y Bruce ya estaba lo suficientemente deteriorado como para que ella decidiera que él debía marcharse de Holwell Farm —el verbo no es totalmente exacto, pues era escaso el tiempo que el escritor gastaba en la casa que ambos habían compartido desde 1966. En uno de sus cuadernos, en la entrada fechada el 22 de julio de 1980, Chatwin escribió: “En tren a Newport. ¡Ah! El agrado de no ir a los lugares en auto. El alivio de encontrarte en posesión de ti mismo. Almuerzo con Elizabeth. Conmoveror. Triste.

¹ “He pensado mucho en ti día y noche, a toda hora no me olvido, te amo mi bello, tengo ganas de abrazarte, de besarte, de sentir tu cuerpo que tanto bien me hace. Cuando hace frío pienso salir de casa en tú búsqueda para procurar entibiar mi cuerpo con tu calor, pero pronto me acuerdo de que es imposible encontrarte en vistas de que estás tan lejos de mí”.

Discutimos nuestras vidas en tiempo pasado”. Pero como buena católica, Elizabeth se negó a divorciarse. A su madre le explicó que debía vender la casa, “pues no soporto la falta de sol”. Bruce no se mostró dispuesto a cooperar con el asunto: “Está muy ocupado escribiendo y asegura tener tantos proyectos por los próximos diez años que no puede ayudar con la venta; dice que debo hacerlo todo sola y buscar un lugar que me acomode”.

Tres años más tarde Chatwin le dijo a Salman Rushdie algo así como “he sido muy infeliz últimamente y por mucho tiempo no supe por qué, hasta que de pronto descubrí que extrañaba a mi mujer. Le mandé un telegrama para que nos encontráramos en Katmandú y ella respondió diciendo que bueno”. El mes que pasaron juntos en los Himalaya significó el comienzo de la reconciliación. Y Chatwin, ni corto ni perezoso, se sintió sumamente a gusto en la casa que Elizabeth había recién comprado, Homer End: “Abría sus cajas y jugaba con sus cosas, o se sentaba bajo el cerezo y escribía, algo que nunca fue capaz de hacer en nuestro hogar anterior. Y estaba muy cerca de Londres. Cargaba la tabla de wind-surf sobre su pequeña Citroneta y se largaba a la represa local en Eynsham, a Grecia, a España, adonde fuera. Eso nunca dejó de gustarle. Le encantaba porque no era volar, pero era lo más parecido a hacerlo”. Cuando murió Chatwin, Rushdie fue uno de los que más lamentó su partida: “Bruce recién había comenzado. No alcanzamos a ver sus libros desarrollados, los libros que habrían salido del haberse enamorado de su mujer. Sólo vimos el primer acto”.

En marzo de 1983, meses antes de la reconciliación con Elizabeth, Chatwin viajó a Jakarta para reunirse con el que sería el último de sus amantes, Jasper Conran, un joven modisto, veinte años más joven, que había conocido tiempo atrás en un restorán en Grecia. (Todo esto, casi sobra decirlo, les otorga una pátina de vistosa ingenuidad a las palabras de Rushdie recién citadas). Del idilio no se conservan cartas (“nunca me escribió”, asegura Conran), pero sí buenos recuerdos: “Yo estaba enamorado. Fue mi primer amor. No había nadie como él. Era buenmozo y lo sabía. Ser inteligente, ingenioso y brillante es una combinación devastadora”. Chatwin mantenía una amistad con la madre de Jasper, la autora de bestsellers Shirley Conran, desde fines de los setenta. Del primer encuentro, ocurrido durante la fiesta de una editorial, ella recuerda que “de pronto un muchacho rubio comenzó a rondarme y le pregunté ¿cuál crees tú que es la mejor manera de conocer un país?.

‘Por bota’. La primera impresión fue que él era de Yorkshire y que había querido decir ‘por bote’”. Lustros más tarde, Shirley Conran escribió una semblanza de Chatwin en que lo describía como “el hermano mayor que nunca soñé en tener”. Fue en la propiedad de ella, el Chateau de Seillans, un fuerte del siglo XI ubicado al borde de un acantilado de 20 metros, en donde Chatwin pasó la peor parte de su enfermedad. Y desde ahí emprendió su último viaje, del castillo al hospital de Niza en el que murió.

Entre los múltiples disfraces que utilizó Chatwin con éxito y donosura hay uno que pierde consistencia, textura y brillo tras la lectura de *Under the Sun*. Me refiero a la tan publicitada bisexualidad que hasta el día de hoy se le endilga al protagonista, esa suerte de exotismo que después de su muerte, o sea, después de que él mismo dejara de explotar la veta aquella, siguió siendo aprovechada por algún editor avisado como adorno de contratapas, tal vez con el propósito de atraer a hipotéticos lectores indecisos. Chatwin fue un tipo rijoso que durante ciertas etapas de su vida practicó la promiscuidad sin miramientos, pero jamás, según consta en las cartas, dirigió su erotismo hacia las mujeres. También es cierto que no se sentía absolutamente cómodo con su sexualidad, lo cual explica, en parte, que se embarcase por más de la mitad de su existencia en un matrimonio blanco. En ello seguramente tuvieron algo que ver sus progenitores, a quienes les ocultó siempre, hasta el último momento, sus apetencias carnales (el cuento del hongo chino, que en rigor no fue pura invención, tenía esa finalidad). Sus padres, que figuran entre los corresponsales más frecuentes del libro, lo sobrevivieron, y Bruce Chatwin, no hay que olvidarlo, fue uno de los primeros ingleses conocidos en morir de sida.

El azote de Lorenz

Después de abandonar Oregón, Chatwin se dirigió a Los Angeles, California, llevando bajo el brazo aquel mamotreto sobre los nómades en el que llevaba años trabajando, el mismo que, según ya se ha dicho, nunca llegó a publicarse, en gran medida por tratarse de un proyecto de ambiciones desmedidas. En ese entonces, no obstante, el autor consideraba que el texto estaba en buena forma y virtualmente terminado. Y así se lo hizo saber al escritor Christopher Isherwood, quien, el 28 de septiembre de 1972, anotó lo siguiente en su diario: “Ayer recibimos

la visita de Bruce Chatwin, el amigo rubio y de ojos azules de Peter Schlesinger que, por alguna razón, no resulta ser especialmente atractivo. Es antropólogo y ha pasado tiempo con grupos de cazadores nativos en las tierras del sur del Sahara, de Mali, de Nigeria y Chad. Él sostiene que los grupos de cazadores no son religiosos; la religión sólo comienza cuando la gente se establece y adquiere posesiones individuales. (No quise entrar en la arena de la semántica y no lo contradije en ese punto, ya que para mí era obvio que Chatwin le otorgaba un sentido diferente a la palabra ‘religión’). Pero fue sumamente interesante al describir a los muchachos de entre trece y dieciséis años que se visten de mujer y son considerados como niñas. El grupo de cazadores está perfectamente ajustado a su ambiente; incluso los niños saben qué estrellas están saliendo y ocultándose, cuándo ocurren las migraciones de pájaros y qué clases de hábitats tienen los diferentes animales. Según Chatwin, ellos difieren de nosotros en que no intentan interferir con la naturaleza de modo alguno. También piensan que nuestra obsesión por las posesiones es alocada; de acuerdo a su manera de ver el mundo, uno comparte todo lo que tiene, y es por ello que cuando les ‘roban’ a los turistas en realidad no están robando, pues no tienen ningún interés en quedarse con lo que de esa forma obtienen”.

El 30 de septiembre Isherwood volvió a escribir: “Ayer en la mañana hablé con Chatwin por teléfono. Creo que abandonó Los Angeles y se fue a visitar los pueblos de Nuevo México. Repitió algunas de las cosas que ya había mencionado cuando vino a casa —que él consideraba que los grupos de cazadores eran fundamentalmente no agresivos; que ‘mucho de lo que entendemos por agresión es consecuencia del confinamiento’, y que donde no hay confinamiento, el acto de compartir reemplaza a la agresión: cuando dos grupos se encuentran sobre el mismo territorio no pelean por él, sino que intercambian regalos, con un grupo dejando el regalo en cierto lugar y el otro aceptándolo sólo cuando le parece suficiente; si el regalo no es aceptado, el oferente le agrega valor hasta que el receptor lo considera apropiado y se lo lleva, dejando otro presente en su lugar. Chatwin siente mucho desdén por *Sobre la agresión*, de Konrad Lorenz, y dice que la filosofía de ese autor proviene de las mismas fuentes que nutrieron al nazismo”.

Entre otras cosas que nos enseñó el austríaco Konrad Lorenz, está ese famoso postulado que dice que cada vez que sonreímos, lo hacemos no por el deleite de ver a un ser querido o a un interlocutor que

nos inspira simpatía; cuando nos presentan a alguien, sostiene Lorenz, la sonrisa con la que respondemos al saludo es una forma atávica de enseñar los dientes en señal de amenaza o, al menos, una manera sucinta de acreditar que en caso de que la situación lo amerite, estamos capacitados para defender lo nuestro por medio de feroces tarascones. Así lo hacían —y siguen haciéndolo— nuestros primos hermanos en el reino de los primates. Lorenz es considerado el padre de la etología, ciencia que estudia el comportamiento de los animales, humanos incluidos, y cómo éste ha ido cambiando a lo largo de la evolución. Chatwin discrepaba de la visión lorenziana —el investigador ganó el Nobel de Medicina junto a otros dos zoólogos en 1973— que sobreponía la agresión por sobre los sentimientos de bonhomía que él les otorgaba a sus nómades primitivos.

A principios de 1971 Chatwin estaba embarcado en un escrito anti Lorenz: “Va a ser una bomba en la *New York Review of Books*, quienes ya lo aceptaron”, le escribió a Elizabeth. Y a ella en otra carta: “Estoy tomándome unos días de descanso para escribir un artículo acerca de los horrores de Konrad Lorenz. Lo tengo realmente atrapado. ‘A través de la endogamia, los judíos han conformado un crecimiento tumoroso en una nación civilizada’. ‘Demostrar tolerancia hacia el inferior es un peligro para la gente’”. Aquel extenso artículo, titulado “Excavando a Lorenz”, jamás se publicó. No obstante, Chatwin entrevistó al científico en 1974 y en 1979 reseñó *The Year of the Greylag Goose*, de Lorenz, para *New York Review of Books*, ocasión en la que procuró actualizar algunas de sus críticas anteriores.

Meses después, la revista aludida publicó una carta firmada por un tal Dieter Zimmer, en la que el replicante se mostraba insatisfecho con la reseña del escritor: “El argumento central del señor Chatwin parece ser el siguiente: ‘Su mensaje (el de Lorenz) es que todo el comportamiento humano está biológicamente determinado’. Sin importar por cuanto tiempo leo y releo esta frase, no estoy seguro de entender realmente lo que quiere decir. Estoy absolutamente seguro, sin embargo, de que si quiere decir lo que parece querer decir está completamente errada. Sospecho que hay aquí un malentendido mayor, el cual borrea el retrato de Lorenz que propone el señor Chatwin”.

En el mismo número se le concedió derecho a réplica al reseñista: “No estoy de acuerdo. *The Year of the Greylag Goose* no es ‘un libro de fotos amistoso e inofensivo’, sino que es una píldora dorada. Las

exquisitas fotografías le sirven a Lorenz como vehículo para airear, una vez más, un credo filosófico que puede haber cambiado en el tono, pero jamás en la esencia, desde que exitosamente llenó su aplicación para ser miembro del partido nazi (N° 6.170.554), a ocho semanas del Anschluss del 1 de mayo de 1938. Para obtener detalles sobre esto, a la vez que una evaluación a la contribución de Lorenz a la biología racista, los lectores pueden dirigirse a la brillante serie de escritos que ha producido el profesor Theo Kalikow, de la Southeastern Massachusetts University. Uno nunca debe minimizar la capacidad de Lorenz para encantar a las audiencias —o para influir sobre los eventos. Serán los futuros historiadores de las ideas los encargados de apreciar el impacto de *Sobre la agresión* en nuestra época. Así como en 1942 los biólogos le confirmaron a Hitler que su creencia en la Solución Final era concordante con su Deber hacia el Creador, en los años sesenta la noción de combates limitados y ‘rituales’ parecen haber seducido a ciertos estrategas (y apologistas) de la guerra de Vietnam, bajo la creencia de que estaban respondiendo al Llamado de la Naturaleza”.

Oh, Patagonia

Luego de un viaje por la Patagonia argentina y chilena, Chatwin se decidió a escribir el que llegaría a ser el primero y, tras el devenir del tiempo, el más famoso de sus libros. Aunque nadie recuerda haber recibido el telegrama que el escritor, en la primera página de la obra, aseguró haber enviado a su jefe del *Sunday Times* (“Me fui a la Patagonia por cuatro meses”), la travesía sudamericana de Chatwin está documentada con especial elocuencia y profundidad en sus cartas, ofreciendo a quien haya leído *En la Patagonia* ciertos inusuales placeres propios del escudriñamiento intimista, como por ejemplo, vislumbrar tras las cortinas de la novela algunos hechos acallados que, en conjunto, pueden ser tanto o más novelescos que muchos otros episodios contenidos en el libro, partiendo por la acusación de saqueador de diarios que elevó en contra del autor su prima, Monica Barnett.

Monica era la hija de Charles Amherst Milward, un aventurero inglés que se hizo a la mar de joven y que hacia 1897 había circunnavegado el mundo 49 veces. Ese mismo año su barco se hundió a la entrada del estrecho de Magallanes, accidente tras el cual se estableció en Punta

Arenas. Allí compró una fábrica de fierro y representó en calidad de cónsul a los gobiernos de Inglaterra y Alemania. Fue Milward quien le envió a su prima de Birmingham, la abuela de Chatwin, un trozo salado de la piel de un perezoso gigante. La reliquia, si es que así puede llamársele a semejante loncha de charqui paleolítico, aparece mencionada al principio de la novela: “Entre los primeros recuerdos de mi vida está el de sentirme hipnotizado por el gabinete de curiosidades de mi abuela, del cual se me permitió coger un pedazo grueso y seco de piel animal que tenía unas fibras rojizas como las de un coco. Mi abuela me dijo que era ‘un pedazo de brontosaurio’, y desde ahí desarrollé una obsesión fetichista por él... el pedazo de brontosaurio encendió en mí un continuo interés por la paleontología y por la evolución”.

Mientras se encontraba en Nueva York, poco antes de partir hacia el fin del mundo, Chatwin había cedido ante la insistencia de su agente literario, Gillon Aitken, en cuanto a escribir algo relacionado con aquel pariente aventurero. El libro, según proponía el autor, se llamaría “O Patagonia”. Su forma “estaría dictada por el viaje en sí mismo, y dado que, por decir lo menos, éste será impredecible, no tiene sentido tratar de adivinar qué contendrá. Empezaré a escribir el diario al momento en que cruce el Río Negro [límite norte de la Patagonia argentina]. No pretendo volar a no ser que sea absolutamente necesario; las descripciones de un paisaje desde el aire son las más aburridas que existen. Puede que también me detenga a observar los horrores de Buenos Aires [se refiere a los horrores de la dictadura militar], pero de ahí me iré zigzagueando hacia el sur desde la costa a las montañas y viceversa”.

Chatwin llegó primero a Lima y allí se hospedó algunos días en casa de su prima antes de partir a Buenos Aires. A Elizabeth le escribió desde la capital peruana el 12 de diciembre de 1974: “Me encanta Monica. Es exactamente igual a mi tía Grace. El diario de Charles Milward es fantástico, aunque jamás podría ser publicado en su formato actual. La historia del naufragio, de Louis de Rougemont, de las masacres de indios, de la vida en el mar de los barcos que cruzaban el Cabo de Hornos, que es exactamente igual a lo que cuenta Conrad”.

Un mes más tarde, nuestro caminante se hallaba completamente extasiado con lo que había visto durante su recorrido patagónico. Carta a Elizabeth: “Uno imaginaría que debido a que el paisaje es tan uniforme, al igual que la principal ocupación (ovejería), la gente sería consecuentemente fome. Pero he cantado ‘Hark the Herald Angels Sing’ en galés

en una capilla remota el día de Navidad, he comido tartaletas de limón cuajado con un viejo escocés que nunca ha estado en Escocia, pero que fabrica sus propias gaitas y se pone el kilt para comer. Me he quedado donde una ex diva suiza casada con un camionero sueco, en uno de los valles más remotos de la Patagonia, que decora su casa con posters del lago Ginebra. He comido con un hombre que conoció a Butch Cassidy y a otros miembros de la pandilla Black Jack, he brindado a la salud de Luis de Baviera con un alemán cuya casa y estilo de vida pertenecen más bien al mundo de los hermanos Grimm. He discutido la poesía de Mandelstam con un doctor ucraniano al que le faltan las dos piernas. He visto la estancia de Charles Milward y he alojado con los peones bebiendo mate hasta las tres de la mañana (el mate es una bebida por la cual he desarrollado una relación de amor-odio). He visitado a un poeta eremita que vive de acuerdo a Thoreau y a los geórgicos. He escuchado la salvaje efusividad de un arqueólogo patagónico que asegura la existencia de: a) el unicornio patagónico; b) un proto-hominido en Tierra del Fuego (*Fuego pithicus patensis*) de 80 cm. de altura”.

Febrero 1975, a Elizabeth, desde Punta Arenas: “De lo poco que he visto en esta ciudad, me gusta. Tiene una atmósfera parecida a Victoria, en la Columbia Británica, con un sesgo más católico que protestante. Las casas de los ingleses, mansiones en el estilo de Sunningdale, se apilan hacia arriba de la colina; los palacios de la familia Braun Menéndez, millonarios judíos españoles, tienen araucarias y cipreses que son remecidos por un perpetuo huracán. Estas casas fueron importadas pieza por pieza desde Francia y todavía dan la apariencia de haber sido milagrosamente desmembradas del Bois de Boulogne. Cené anoche con los Braun, entre sus palmeras de interior, sus cordobanes, sus diosas de mármol asépticas, sus bronce de pescadores, sus habitaciones de Hotel Luis XV, sus pinturas (de dos gansos con el cuello descoyuntado) hechas por el padre de Picasso, su suelo de marquetería, su mesa de billar, el repiqueteo francés como de pájaro de sus damas vestidas de negro y los acentos de clase alta asumidos de sus hombres.

“La casa del capitán Milward, la que confundí con la iglesia anglicana, es una edificación alta y almenada con matices de Edgbaston y Birmingham, convertida ahora en el hogar claustrofóbico de una familia chilena de clase media. En el jardín había una cabaña de verano octogonal y alocados senderos de pavimento decorados por los costados con flores: London Pride, Sweet Williams y Canterbury Bells”.

En Lima Chatwin se enteró, a través de su prima Monica, que la madre de ella, Isabelle, había sido violada por el patrón escocés que la contrató como gobernanta de su familia en la Patagonia. Al ver publicada una alusión a ese episodio doloroso en la novela, Monica le escribió a Bruce manifestándole su “espanto y horror; sí, horror” por el párrafo que abordaba el asunto: “Una noche el propietario de la estancia, atiborrado de whisky, fue por ella y la forzó. Ella escapó de la casa, ensilló un caballo y cabalgó sobre la nieve hasta Punta Arenas”. Monica envió la misiva a través del padre de Chatwin, a quien le comunicó lo siguiente: “Bruce llegó aquí sabiendo algo de la historia —yo le dije la verdad y le supliqué, literalmente le supliqué esa noche en tu casa, que por favor no publicara nada referido a mi madre. Pero ahora te pido a ti, en caso de que puedas, pues eres abogado, que urjas a Bruce en que cambie el texto en la página 173”. El 3 de diciembre del mismo año, 1977, Monica se dirigió también a la editorial: “Este párrafo está lleno de conjeturas y verdades a medias y claramente impugna el honor de mis dos padres”. Chatwin había plasmado una impresión de Isabelle —“nunca Bella”— que la dejaba como “una aventurera barata” que trató de ganarse el corazón de un hombre viejo y solitario, cuando, en el decir de Monica, “todos quienes la conocían la respetaban”. Finalmente, estaba el tema del derecho de autor: “Si bien le permití el acceso al señor Chatwin al diario de mi padre y a un libro de cartas que comprende los años 1912-16, ciertamente jamás le di permiso para que fotocopiara el diario”. A Chatwin le comunicó: “Ahora entiendo por qué insistías en quedarte encerrado en el cuarto de arriba mientras nosotros estábamos en pleno proceso de cambiarnos de casa”. Lo acusó de haberse apropiado de varias secciones de los diarios, “palabra por palabra”, y de haber mancillado “la única herencia que él nos dejó”. Chatwin decidió enmendar las omisiones, eliminar las pullas y corregir los errores en las futuras ediciones de la obra.

Hace más de diez años intenté contactar a Mateo Martinic, un conocido historiador magallánico. Mi idea era charlar sobre Chatwin, dado que él lo había conocido en Punta Arenas a mediados de los años 70. Luego de pasar una semana en la ciudad austral, período en el que traté de ubicarlo a diario —Martinic se hallaba en otro lugar; creo que en Río Gallegos, Argentina—, regresé a Santiago y lo llamé desde allí. La conversación telefónica fue más bien desagradable, pues él se molestó bastante con que lo hubiese llamado por su nombre (“Buenas

noches, Mateo. Usted habla con Manuel Vial, un periodista de Santiago que quiere hacerle unas pocas preguntas sobre Chatwin”). Ofuscado, me señaló que la fórmula que le parecía apropiada era la de “don Mateo”, pero hacía tiempo que yo había aprendido del gran Filebo, Luis Sánchez Latorre, que nunca es necesario utilizar el “don”, a menos, claro está, de que venga precedido por un “din”. La conversación se trabó en una discusión semántica acerca del uso del “usted” —Martinic parecía creer que yo lo había tuteado—, y para cuando tuve claro que el hombre no tenía interés en hablar del escritor inglés, colgué el teléfono sin más demora. Hoy pienso que debí haberme mostrado curioso por su obra, por su persona, por su salud y por su familia incluso, antes de siquiera mencionar a Chatwin. En fin. Martinic también hubiese podido aportar antecedentes acerca de un curioso personaje que Chatwin conoció en la India a principios de 1986, Fred Smetacek: “Un checo que le arrojó un cuchillo a Hitler y luego escapó a la India, le gustó, y fue reclutado por los ingleses mientras duró la guerra. Conoció a una princesa mogol a través de un aviso publicado en las páginas matrimoniales de un diario y se casaron. Intercambiaron nacionalidades para que él pudiese comprar el resort en el que me hospedo”. Días después, en una carta dirigida a John Kasmin, Chatwin entregó más datos sobre el viejo Smetacek: “Me vine a las montañas. A una vieja plantación de té inglesa que ahora funciona como posada. La regenta un aventurero checo, ex habitante de Punta Arenas, Chile, y refugiado de Alemania en los años 30 por haberle arrojado un cuchillo a Hitler”. A Elizabeth le informaba que Smetacek tenía la nacionalidad chilena y que había residido en Punta Arenas: “¿Dónde más?”.

Micro retratos

Como era de esperarse, varias de las cartas contienen juicios atrabiliarios en contra de algunas personalidades famosas que el autor conoció, así como también permiten rastrear opiniones literarias elocuentes a la hora de trazar con certeza sus gustos en la materia. Entre los micro retratos más memorables de *Under the Sun* están el de Indira Gandhi, el de V.S. Naipaul, el de Cyril Connolly, el de Gregor von Rezzori, el de Jacqueline Kennedy y, en poquísimas líneas, el de dos países completos, Japón y Estados Unidos. A guisa de recompensa, estas breves semblanzas espejean destellos clarificadores sobre de la identidad del retratista.

A Cary Welch, mayo de 1978: “Nunca adivinarías lo que he estado haciendo: viajando junto a la pavorosa señora Indira Gandhi para una entrevista; he recorrido casi todo el país, desde el Cabo Cormorin hasta los Himalaya, acompañándola en su tour político. Ella es mucho peor de lo que podrías imaginar. Yo estaba preparado para admitirle al menos una dimensión de grandeza, pero todo lo que uno ve es una perra intrigante y mentirosa. Si al menos fuera realmente perversa, eso ya sería algo. Si al menos fuera realmente india, eso también sería algo. Eventualmente me di cuenta de que ella era la *memsahib* [término de respeto en India para denominar a la mujer europea casada] detrás de la tetera de plata congratulando al general Dyer por su corajuda acción en Amritsar [el infame Dyer dio la orden de abrir fuego en contra de civiles desarmados en abril de 1919 en un parque de Amritsar, asesinando a más de mil indios]. Un ex ministro de su gabinete me dijo: ‘La atmósfera que rodea a la señora Gandhi es similar a la de *Arsenic and Old Lace* [la película de Frank Capra]’. Debo admitir que al principio me pareció encantadora. Pero al poco andar no pude aguantar la mezquindad de sus mentiras. Su enemigo Charan Singh la retrató bien cuando dijo: ‘La señora Gandhi es incapaz de decir la verdad incluso por error’. Aun así he pasado por momentos extremadamente divertidos. Uno de ellos se dio durante nuestra visita al templo de Durga en Varanasi, en donde una mona con mastitis trató de arrancarle el sari. Cuando le conté al Rajmata de Gwalior que ella se había bañado en el Ganges, él respondió ‘¡Sacrilegio!’ . Varanasi es una ciudad en la que no me importaría quedarme un rato. ¿Dónde hay otro lugar en el planeta en que el Mundo Antiguo y la Decadencia del Siglo Veinte converjan con similar armonía? El único problema era la temperatura de 42 grados centígrados, razón por la que regresé sintiéndome un poco disecado. Sobre el escritorio del señor Dhavan (el secretario personal de Indira) encontré un manual para ventrílocuos titulado *Mímica y monoactuación*”.

A sus padres, Charles y Margharita Chatwin, septiembre de 1978: “Sí. Una perrada tener que escribir acerca de una perra. Llegué allá con mucha simpatía por cualquiera que intentase gobernar lo ingobernable, pero al final no pude sentir ni una partícula de simpatía por la mujer. Una pena: no me gusta escribir acerca de gente que no me cae bien. Incluso en los villanos uno puede encontrar algo, pero la señora Gandhi es la esencia de la trivialidad”.

A Murray Bail, noviembre de 1984: “Elizabeth ha estado en India por un par de meses. Salió de Delhi la noche antes del asesinato [Indira Gandhi fue masacrada por dos de sus guardaespaldas sikhs el 31 de octubre de 1984, cuando se aprestaba a concurrir a una entrevista con Peter Ustinov para la televisión irlandesa], y se las ingenió para evitar todo el revuelo: todo igual, ella está bastante golpeada”.

A Sunil Sethi, junio de 1978: “India es la tierra del cuento corto. Nunca tendrá su *Guerra y Paz*. El opus del señor Scott [Paul Scott, novelista inglés] es una lata trágica; la señora Jabberwallah no sabe escribir; R.K. Narayan no es lo suficientemente bueno y el señor Naipaul es un pontificador. No es que sugiera que le tomes cariño al joven Kipling con su cuaderno. Pero en un mundo en que millones de páginas cargadas de aire caliente se imprimen anualmente, se hace un deber ir, ver y condensar para los futuros lectores de una fecha incierta. Me gusta *Pasaje a la India*, pero creo que Forster es un modelo pobre, así como Somerset Maugham es uno letal. Perdona por sugerirte que te embarques en un cursillo literario sobre Chejov, Isaac Babel, Maupassant, Flaubert (especialmente *Un Coeur Simple*), Iván Bunin (yo te lo consigo), Turgenev y, entre los americanos, el Sherwood Anderson temprano, el Hemingway joven y Carson McCullers, especialmente *Balada del café triste*”.

Sunil Sethi, a quien Chatwin conoció mientras viajaba con Indira Gandhi, recuerda que “Naipaul era para él objeto de burla: lo irritaba, formaba parte del tono mordaz”. En uno de los cuadernos del autor, con fecha 23 de mayo de 1979, dice: “Leí *Un recodo en el río*, de Naipaul. El viejo mandíbulas sombrías de nuevo. El resultado inevitable de no tener ni un chispazo de humor es el de retratar a todos los africanos, exceptuando tal vez a la clase de los esclavos, como monos. Mensaje simplista: regreso a la jungla primordial para los africanos”.

A Sunil Sethi, julio de 1978: “Sí. Cyril Connolly estaba podrido como novelista. También fue sumamente desagradable conmigo. La temida viuda Orwell me lo presentó diciendo: ‘Ustedes dos tienen que conocerse. Ambos están tan interesados en... eeeh... la verdad’. ‘¿Sí?’, dijo Connolly, ‘¿y en qué aspecto particular de la verdad está usted interesado?’. No obstante, *La tumba inquieta* es un libro al que regreso una y otra y otra vez, tan brillante y a la vez tan terriblemente elocuente de los escollos de la vida literaria inglesa”. En junio de 1986, al mismo Sunil: “Japón es el lugar más desagradable que me ha tocado

pisar, exceptuando, por supuesto, los Estados Unidos. El país más decadente y corrupto del mundo, bien encaminado hacia la ruina, si es que me preguntas. Por otra parte, Europa me parece menos desesperanzada: ciertamente con el bombardeo de Libia, la gente se ha sacado las vendas de los ojos. [El 15 de abril de 1986 Estados Unidos bombardeó Libia en una operación llamada ‘Cañón El Dorado’]. París sin estadounidenses fue increíblemente encantador —y los franceses, para mi sorpresa, estaban deleitándose en su ausencia”.

A fines de 1978 Chatwin se estableció en Nueva York para pasar el invierno junto a Donald Richards, su amante de entonces. Desde allí le escribió a Elizabeth en febrero de 1979: “La vida en Nueva York es altamente social. Cenas cada noche. El próximo jueves acompaño a la señora Onassis a la ópera. La había visto antes donde los Russell y, Dios mío, ella es una bala. Mucho más sutil que cualquier americana que haya conocido antes. Un hombre llamado Charles Rosen, que tiene la reputación de ser el más inteligente de América, estaba pontificando sobre el poeta Aretino, y dado que nadie reaccionó ni lo contradijo, tornó su discurso en una conferencia. Se hallaba como en la mitad cuando ella lo miró con sus ojos de cachorro, sonrió y le dijo: ‘Sí, por supuesto, todo eso se puede apreciar en el retrato de Tiziano’”. En sus cuadernos de notas, Chatwin había apuntado: “Ella llegó así: pantalones de pijama de color negro dorado, luciendo maravillosa. El susurro es conspirativo, no afectado. El susurro de una niña traviesa que te incita a hacer algo medianamente perverso; a comportarse mal sin ser maleducado”. Otro amigo, Robin Lane Fox, recuerda que en aquel período Bruce “se había convertido en el juguete de cualquier americana grandiosa a la vista”.

Al enterarse de que Gregor von Rezzori había sufrido un ataque a principios de 1986, Chatwin se dirigió alarmado a John Kasmin: “Pero qué terrible noticia la que me cuentas de G. Les voy a escribir de inmediato, pero Dios sabe lo difícil que es eso cuando uno no tiene clara la situación. Mi opinión es que ellos —y tú puedes transmitírselas sólo si consideras que será benéfica— no deben seguir yendo a Nueva York. Cada vez que he visto a Grisha en Estados Unidos, luce siempre fatigado, irritable y enfermo. Todo el asunto de subirse a un avión, seguido de esa ciudad en particular, puede, si tienes una condición cardíaca y una tendencia al cáncer, únicamente resultar MAL. Quedé horrorizado con todo ese ridículo negocio de largarse a chalupear por la Middle America

en busca de Nabokov [von Rezzori escribió ‘Un extraño en Lolitaland’ para la revista *Vanity Fair*]. Él debiera estar en su estudio de la Toscana dedicado a su trabajo: no jugando para la galería americana, puesto que, a fin de cuentas, su reputación en América es menos importante que en cualquier otro lugar. Cuando el invierno en Donnini llegue a su peor momento, ellos debieran mudarse a un hotel. En Italia ha de haber doctores perfectamente capacitados; o si no en Suiza, adonde él puede ir en auto —pero quedar a merced de la medicina americana, con todo lo buena que pueda *parecer*, es una perspectiva aterradora”.

Alegrías terminales

Hacia el final del libro Nicholas Shakespeare trae a colación una escena conmovedora ocurrida en Londres durante el verano de 1988: un hombre en una silla de ruedas, guiado por un lazarillo, avanza por la rotonda de Burlington hacia Picadilly. Comienza a llover y el hombre se pone una capa de plástico barato sobre la falda. El tráfico es infernal en aquel momento, pero nuestro el personaje no se amilana y, ante la sorpresa de peatones y conductores, levanta un brazo y exclama: “¡Deténganse todos los autos!”. Dicho eso, urge a su acompañante para que ponga en movimiento la silla de ruedas y cruza así, victorioso y orondo, por ese mar de vehículos inusualmente estáticos. Hallándose en la fase terminal del sida, y probablemente afectado por uno de los frecuentes arranques de locura que le provocaba el mal del hongo chino, Chatwin había decidido dar rienda suelta a su faceta de comprador compulsivo, arrasando por algunos de los anticuarios de las calles Cork y Bond. Varias bolsas colgaban de la silla de ruedas, y entre los objetos adquiridos en la ocasión se contaban algunos de inmenso valor: un brazalete de la edad del Bronce (65 mil libras), una cabeza etrusca (150 mil libras), un cuchillo de jade prehistórico, un hacha de mano noruega y un sombrero de las islas Aleutianas. Consciente de que el fin estaba cerca —murió cinco meses más tarde—, el escritor, recientemente enriquecido gracias al éxito de sus novelas, se permitía ciertos lujos últimos, escamoteándole con desesperación a la parca los pocos momentos felices que le quedaban por delante.

La última mañana que estuvo consciente, la del domingo 15 de enero de 1989, la pasó tomando aire en la terraza del castillo de Sei-

llans. Teddy Millington-Drake telefoneó desde Italia para informar que a Alberto Moravia le había encantado *Utz*, la breve novela que cierra la producción literaria de Chatwin, y que había escrito una reseña sumamente entusiasta a página completa. “Se lo comuniqué a Bruce”, recuerda Elizabeth, “y puso una sonrisa larga y lenta. Luego dijo: ‘Mejor que el Booker’”. (*Utz* había sido nominada al Premio Booker). Días antes, Gregor von Rezzori había alcanzado a despedirse: “Cuando ya estaba postrado en su lecho de muerte lo llamé, pero incluso una llamada telefónica lo dejaba exhausto, razón por la cual no pudo atender a mi última llamada. Elizabeth, su mujer, se ofreció para transmitirle un mensaje. Le pedí que le dijera: Schemnitz Chemnitz Nagybanya Ofenbaya Vöröspatak”.

En el último ensayo que W.G. Sebald escribió antes de morir, se refiere precisamente a su admirado Bruce. La coincidencia no es banal, puesto que Sebald fue el otro gran escritor de nuestra época que se esfumó antes de tiempo: “Así como Chatwin representa a fin de cuentas un enigma, uno nunca sabe cómo clasificar sus libros. Lo único que resulta obvio es que por estructura e intención no se sitúan dentro de ningún género conocido. Inspirados por cierta avidez en lo no descubierto, se mueven por una línea en que los puntos de demarcación los fijan esas mismas manifestaciones y objetos extraños, pero uno no puede estar seguro si es que acaso son reales, o si son parte de los fantasmas generados en nuestras mentes desde tiempos inmemoriales. Estudios antropológicos y mitológicos en la tradición de los *Tristes Trópicos* de Lévy-Strauss, historias de aventuras que enfocan la mirada sobre nuestras primeras lecturas infantiles, colecciones de hechos, libros de sueños, novelas regionales, ejemplos de exotismo exuberante, penitencia puritana, amplia visión barroca, abnegación y confesión personal —sus libros son todas estas cosas a la vez. Probablemente se les hace máxima justicia al reparar en su promiscuidad, la cual quiebra el molde del concepto modernista, como una oleada tardía de esos relatos de viajeros, volviendo atrás hasta Marco Polo, en donde la realidad está constantemente penetrando en el reino de lo metafísico y lo milagroso, y el avance por el mundo se obtiene de éste con un ojo fijo en el fin del propio escritor”.

BIBLIOGRAFÍA

- Chatwin, Bruce, *En la Patagonia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1979.
———, *Colina negra*, Muchnik Editores, Barcelona, 1984.
———, *El virrey de Ouidah*, Muchnik Editores, Barcelona, 1983.
———, *Los trazos de la canción*, Muchnik Editores, Barcelona, 1988.
———, *Utz*, Muchnik Editores, Barcelona, 1989.
———, *What Am I Doing Here?*, Viking, New York, 1989.
Chatwin, Elizabeth (ed.), Nicholas Shakespeare (ed.), *Under the Sun. The Letters of Bruce Chatwin*, Viking Pinguin, New York, 2011. □